

# La guerra nuestra de cada día

Ciertamente son muchos los problemas que hoy en día aquejan a la maltrecha Universidad española, y por ende a nuestra Escuela, pero, a mi juicio, no es el menor de ellos el derivado del escaso conocimiento existente entre los diversos estamentos que la componen. En efecto, la dirección por un lado, catedráticos y profesores por otro, personal no docente y alumnos en general convivimos cuatro, seis y a veces más horas al día en el mismo edificio, durante nueve meses al año y durante muchos años, sin relacionarnos mutuamente más allá de lo que la tarea estrictamente docente o administrativa exige.

La Escuela no es una fábrica automatizada compuesta de departamentos estancos en los que cada grupo de operarios realiza una tarea absolutamente desligada de la de los demás. Tanto menos en cuanto que la comunicación y el intercambio de ideas son pieza fundamental en el desarrollo del proceso formativo que la labor universitaria conlleva. Pero no es solamente la incomunicación entre alumnos y profesores lo que dificulta la convivencia. Así, la actitud de la dirección y demás jerarquías frecuentemente desemboca en la más absoluta indiferencia hacia el alumnado, a juzgar por su inaccesibilidad ficticiamente creada, cuando no en el propio encumbramiento. Por su parte, los profesores tampoco contribuyen grandemente a reducir la distancia psicológica que les separa de nosotros: los catedráticos, sólidamente asentados en sus cómodos puestos, demasiado a menudo imparten lecciones magistrales desde su torre de marfil, y ello cuando se dignan bajar dos o tres horas a la semana al ruedo del aula, con la complacencia que debe dar saberse asentado definitivamente en una posición dominante. Torre de marfil no solo mental, sino incluso física en determinados casos. Y ni siquiera los catedráticos "progresistas" puede zafarse de esta máscara de superioridad y autarquía intelectual.

El conjunto de profesores por otra parte parece quedar satisfecho con su labor docente al limitarse a impartir un número reglamentado de clases a la semana dentro de un programa determinado, atender en su caso las consultas académicas que se les planteen, y, en una palabra, a "cumplir" sin más sus obligaciones escolares. En la mayor parte de los

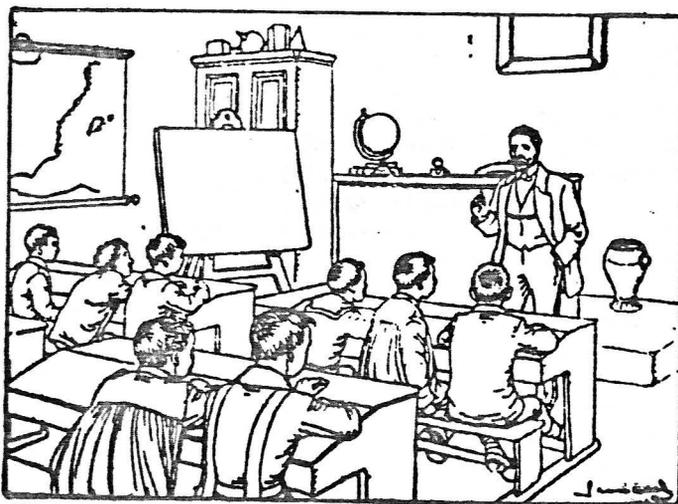
casos toda posibilidad de ampliación de horizontes tanto en materias académicas como simplemente humanas queda fuera de los presupuestos del profesor. Ciertamente esta actitud es también mayoritaria entre los alumnos, pero al fin y al cabo somos los destinatarios más directos del proceso educativo, y por tanto, los sujetos pasivos del sistema. Si pretendemos reconstruir una Universidad más digna de tal nombre, no podemos ignorarnos mutuamente por más tiempo; los alumnos no debemos ignorar, por ejemplo, los problemas que afectan a los profesores no numerarios en sus condiciones de trabajo, las insuficientes remuneraciones del profesorado en general o las deplorables condiciones en que desarrolla su labor todo profesor que quiera evolucionar en su tarea docente. Pero tampoco los profesores deben ignorar la frustración que en nosotros provoca el desinterés hacia su trabajo de buena parte de ellos, los suspensos masivos, las tensiones personales y familiares que un suspenso repetido provoca, hasta extremos de obligar a abandonar la carrera y replantear nuevamente la vida en muchos casos.

Pero incluso entre los propios alumnos existen lagunas de comunicación que no logramos enjugar; salvo en los casos más inmediatos de compañeros de curso, frecuentemente ignoramos unos de otros los problemas existentes en los demás cursos. Los alumnos de cursos superiores hacia los de inferiores, por aquello de que agua pasada no mueve molino, y asignatura aprobada, ignorada, y los de inferiores ha-

cia los más veteranos por puro desconocimiento físico, cuando no desconfianza, por no nombrar la penosa situación de los compañeros de primer curso, que a la dureza de su programa y al enfrentamiento primero con una realidad escolar nueva, suman la más total desconexión con el resto del alumnado. De este modo no es de extrañar la elevada tasa de abandonos que se producen incluso en el primer trimestre del curso. Pero es también un sentimiento general de liberación de la realidad cotidiana el que nos impulsa a todos a poner pies en polvorosa en cuanto el bedel da la hora por última vez en nuestra jornada, y a desentendernos por completo de todo lo que ocurra puertas adentro de la Escuela por el resto del día.

En resumen, considero que la culpa es de todos, pero lo que de ninguna manera podemos seguir haciendo es desentendernos por más tiempo de todo lo que no sea nuestra realidad más inmediata. Difícilmente vamos a construir una Universidad más eficaz, libre y coherente mientras las relaciones entre profesores y alumnos, dirección, jerarquías e incluso personal no docente se basen en desconfianzas seculares, o, peor aún, en la más pura ignorancia mutua. Sólo mediante un análisis conjunto de los problemas que a todos nos aquejan y un trabajo colectivo en un plano de igualdad podremos sacar adelante nuestro proyecto de Universidad. Los caminos están abiertos; sólo es necesaria una cierta dosis de querer hacer para ponernos en marcha.

*Gustavo G. Miranda*



Niños en una Escuela. Si estudian y están atentos, cumplen bien su deber